Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

109 ¿Quién mató a Rucci? (IV)



Suplemento especial de
Página|12

RUCCI: ARGENTINO, PERONISTA, CATÓLICO Y PETISO

No bien Agustín Tosco sale de la prisión, Rucci le envía su primera carta. La del 28 de septiembre. Que lleva el título previsible de *Carta Abierta de José Rucci a Agustín Tosco*. El macartismo y la bravuconería del Petiso están presentes en ella, pero no como lo estarán en otros espacios. Son meramente atisbos de su lenguaje *matazurdos*. Espero no estar violando ninguna regla de lo "políticamente correcto" si digo que los petisos no son tipos fáciles. Asediados y hasta abrumados por su condición de –pongamos– centimetraje escaso, tratan de solucionarla con otros mecanismos. El más frecuente es el del patoterismo. No es aconsejable meterse con un petiso. Uno cree que lo deja fuera de la realidad con un par de gritos o un cachetazo casi piadoso y no, de ningún modo. Ahí es donde el petiso muestra su fibra. Posiblemente haya hecho fierros, se haya amasijado en el algún gimnasio o haya aprendido a boxear. Siempre supo que estas artes le servirían para afrontar situaciones en que se lo quisiera humillar a bajo costo. Siempre supo que cualquiera se le atrevería sólo por verlo diminuto. O le diría, desdeñosamente, petiso. El personaje se ha preparado para esta coyuntura. Incluso ha esperado por ella. Consejo: cuídense de los petisos. No sólo usan tacos más altos en sus zapatos. Poseen recursos mucho más peligrosos. Para uno, claro. Rucci era de esos. Aceptaba que le dijeran Petiso. Pero ojo: ese Petiso tenía un cuerpo sólido, trabajado, lleno de músculos. Y tenía mal carácter. Era un leche hervida. Si había que dar leña, daba. Era, también, como todo buen macartista, como todo ferviente antizurdo, un violento, metodología cara a la práctica de los fachos. En su primera carta a Tosco ya le encaja en plena jeta la acusación de infiltrado, de trosco. Además, feliz coincidencia para el *Petiso*, el apellido de Tosco no le era adecuado para dar la lucha contra los sindicalistas macartos. Que Tosco fuera Trosco se caía de maduro. Llevaba la condena en el nombre. Visible, a la luz, no podía mentir. ¿Cómo no habría de ser trosco un tipo que se llamaba Tosco? ¿A quién querés engañar cordobés zurdo si hasta el apellido te condena? Así, Rucci dispara. Como buen argentino y peronista (y quien dice "argentino y peronista" dice "católico" y no "inmundo rojo y ateo") decide "responder a todos sus ataques perfectamente instrumentados y que llevan en su contenido el deleznable propósito de servir de instrumento de todo aquello que se antepone a la lucha en que está empeñado el Pueblo". ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que se antepone a la lucha del Pueblo? Podríamos decir: el imperialismo. Los monopolios, los oligopolios que dominan la economía argentina. No, esa gente es –al fin y al cabo– occidental y cristiana. Se podrá hablar con ella. Hay bases comunes. Lo que se antepone a la lucha del Pueblo son las ideologías foráneas. Los sucios rojos. Los que buscan reemplazar a Dios por Lenin y a nuestra bandera por el trapo rojo con que ellos se identifican. Los que buscan trastrocar nuestra identidad. En esto las fuerzas sindicales peronistas coinciden plenamente con la oligarquía. Hay un ser nacional. Hay una religión. Hay una *bandera*: la que Belgrano creó a orillas del Paraná. Hay unos *próceres* a los que se debe respeto y no serán jamás reemplazados. Hay (hasta esto hay) un estilo de vida argentino. Hay un Ejército al que no se destruirá. Hay una historia. Y está la familia, la madre, el padre, los hijos, los ravioles de los domingos, el vino Crespi y los cautelosos, vigilados novios de las hijas. Todo eso hay. Sólo falta Perón, que es el que mejor sabe repartir la torta. "Bienvenido General a la Patria Liberada." ¿El poder? Que lo tenga Perón y nos derive lo que siempre, con generosidad, nos ha entregado. Esos son "los días felices".

La respuesta de Tosco es muy distinta. Pone el acento en la movilización popular que posibilitó su liberación: "A pocos días de haber sido arrancado de la cárcel por la tenaz y consecuente lucha popular, en la que se expresó al más alto nivel la solidaridad combativa de la clase trabajadora, el estudiantado, las fuerzas políticas democráticas, progresistas y revolucionarias, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, las agrupaciones gremiales de abogados y de otras profesiones, las comisiones familiares de presos políticos y sociales, las instituciones y nucleamientos dedicados a la permanente defensa de los derechos humanos y la de tantos compatriotas de diversa condición y militancia", se siente otra vez en la senda de la lucha y puede responder los agravios de Rucci.

Observemos todos los sujetos políticos que menciona Tosco:

Primero) La clase trabajadora.

Segundo) El estudiantado.

Tercero) Las fuerzas políticas democráticas, progresistas y revolucionarias.

Cuarto) El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.

Quinto) Las agrupaciones gremiales de abogados y de otras profesiones.

Sexto) Las comisiones familiares de presos políticos y sociales.

Séptimo) Las instituciones y nucleamientos dedicados a la permanente defensa de los derechos humanos y la de tantos compatriotas de diversa condición y militancia.

Decisiva diferencia. Tosco pone en la movilización combativa de todo el pueblo las causas de su liberación. No fue un acuerdo de aparatos. Fue la voluntad popular revolucionaria. El gran instrumento para cambiar el estado de las cosas. *La voluntad.*

Pero Tosco sigue. Le sobran los argumentos. Hasta llegará a recordarle a Rucci sus buenos contactos con los comunistas. De paso nos recuerda el pasado del Petiso: también fue combativo cuando hubo que serlo. Cuando para trepar hay que poner caños un futuro matazurdos los pone. "Este señor (dice Tosco) se ha olvidado que en 1955 también yo fui inhabilitado y perseguido por el régimen gorila. No le conviene decir que el despacho que triunfó en el Congreso contra el interventor Patrón Laplacette fue informado y defendido por mí; y que, por el triunfo de esa moción, Patrón Laplacette instrumentó el fracaso del Congreso de agosto de 1957. En aquella época Rucci votaba y compartía la dirección de nucleamientos con los comunistas, que ahora tanto espanto le causan." ¿Qué le pasó al Petiso? ¿Por qué ahora les tiene tirria a tipos con los que compartió luchas en el pasado? Porque ahora no le sirven. Son piantavotos. Y porque siempre –aun cuando luchaba junto a ellos codo a codo– los odió: eran los zurdos, los troscos, los miserables que habrían de matarlo, según no se cansaría de anunciar.

Por último, Tosco rechaza la acusación de antiperonista que le endilga Rucci. Su argumento es impecable, el de un hombre que piensa frente a otro que arroja injurias que cree destructivas: "Usted me acusa de ser 'antiperonista'. Sabe bien de la falsedad e infamia que encierra esa afirmación, pero la hace lo mismo, ya que 'su' objetivo es colocarme ante los compañeros peronistas como un enemigo". Tosco se niega a las divisiones partidarias. Los trabajadores –piensen como piensen– son ante todo trabajadores. Y la unidad les dará la fuerza. Nadie puede quedar afuera. "Yo no hago distinciones ni odiosas discriminaciones por cuestiones partidarias. Nunca hice y nunca lo haré. Siento como a mis hermanos de clase y de lucha a los compañeros peronistas, tanto como a los radicales, cristianos, socialistas, comunistas, de cualquier otra ideología, raza o religión."

Pero –para Rucci: y es importante retener esto– los sindicatos están unidos a un movimiento político: el peronista. No hay democracia interna. El que decide las conducciones es el líder de ese movimiento, Perón. Algunos –en la lejanía– le hacen más caso, otros no. Los que son traidores, sin más. Se llamarán dialoguistas, conciliadores, neoperonistas, lo que sea. Son traidores al líder del movimiento y a la patria que ese líder corporiza. No hay peronismo sin Perón. Ergo, no hay sindicalismo sin Perón. Tosco es un zurdo que se la juega solo. Ya se verá qué se hace con él. Ahora, la gran aventura es el *Perón Vuelve*. El que no está en ésa no está en ninguna parte. Porque ahí se dirime el drama nacional. Ese es el único punto de significatividad política. El significante *Perón Vuelve* cubre y contiene a toda la política argentina.

Lo que no está dentro del campo que ese significante ilumina está en "otra parte". Pero –como diría Clausewitz– "no en el lugar donde se define la batalla". De aquí que Tosco podrá decir una y mil veces que se lleva muy bien con sus compañeros de lucha peronista, pero eso es insuficiente. Para estar en el campo del pueblo, para ser parte del significante que abre el especial espacio en que se librará la batalla, no basta con ser buen compañero de los peronistas, *hay que ser peronista*.

Rucci y Tosco eran disímiles en todo. El dirigente cordobés era alto, era de sacar la gente a la calle, de ponerse a la cabeza de las movilizaciones. A él no le cabía eso de *Con los dirigentes a la cabeza o con la cabeza de los dirigentes*. No, Tosco se ponía al frente de todo. Tenía buena formación ideológica. Algo dogmática, algo así como un marxismo un poco elemental, pero con eso le bastaba. Tenía creatividad. Sabía desarrollar sus ideas. Rucci, otra cosa. Era el dirigente de aparato. El dirigente de la rosca. No tenía ideología. Tenía un par de certezas bastante fascistas a las que él les decía *peronismo*. Pero usaba sin pudor, sin mesura, todo el repertorio denigratorio del macartismo: rojos, zurdos, troscos, hablaba de los que quieren reemplazar a la azul y blanca por el trapo rojo, creía fieramente en Dios, era católico y quienes no lo eran –creía– no eran argentinos ni gente de Dios, eran, en el fondo, marxistas o –aunque no lo dijera– judíos, que venía a ser lo mismo que marxista. El marxismo era internacional. El judaísmo también. No creo que haya leído *Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Pero pocos antisemitas argentinos lo han hecho. El odio al judío, en la Argentina, viene por el lado de la avaricia, la práctica de la usura y por el asesinato de Dios. "Los judíos mataron a Dios" es algo que escuché desde mi más tierna infancia. (*Nota*: Hay incluso un viejo y muy ilustrativo chiste. Es bien argentino. Un tipo le está pegando a otro. Interviene un tercero. "Pará. ¿Por qué le pegás?" "Porque es judío." "¿Y con eso qué?" "¿Cómo 'con eso qué'? Mataron a Dios." "Pero eso fue hace mucho tiempo." "No sé, yo me enteré hoy.") No obstante, la pasión antisemita no anidó en Rucci. Fue otra la que se poseyó de su conciencia: la pasión macartista, el odio a los zurdos. Este odio también está muy difundido en la Argentina. El odio al zurdo va unido a la condición católica del país. El zurdo no cree en Dios, el zurdo es ateo, el zurdo es enemigo de Dios. "Esos hombres y mujeres que has tirado al río, hijo mío, eran gente sin Dios. No sólo negaban su existencia, se burlaban de ella. Negaban la existencia del espíritu. Llamaban 'materialismo' a la filosofía que profesaban. Eran impíos, sacrílegos, pecadores. La justicia divina, que es castigar a los pecadores, te ha elegido a ti para realizarse. ¿Lo adviertes? ¿Cómo podrías cuestionarte, atormentarte, sufrir? Jamás. Eres nada menos que el instrumento con que la justicia divina se realiza en la Tierra. Si lo eres, es porque Dios te ha elegido para serlo. Agradécelo en tus oraciones. Dile: 'Gracias, Dios mío, por permitirme ser tu brazo justiciero. Por permitirme encarnar tu justicia divina'. Hacerlo es una carga. Te comprendo. Sientes a Dios sobre tus espaldas, exigiéndote. Pero esa carga es la de la santidad, hijo mío. Porque tu tarea, esa tarea que a veces te atormenta, es una tarea santa." Este catolicismo del que se valieron los capellanes castrenses para llevar paz a las conciencias de los asesinos está arraigado hondamente en gran parte del pueblo argentino. Rucci participaba de él. A su vez, ese catolicismo se identifica con la patria. El peronismo también. Ser peronista es ser argentino. Por tanto, Rucci era tal como se lo recuerda: *argentino, peronista y católico*. La antítesis es: *zurdo, ateo, judío*.



SI EL ZURDO NO EXISTIERA, EL FACHO LO INVENTARÍA

No todo zurdo es necesariamente judío. Pero no olvidemos que –para el pensamiento racista– el judío es inteligente. Y con su inteligencia sorprende y engaña a las simples almas de Dios. Nietzsche lo desarrolló impecablemente: entre los hombres nobles "no es la inteligencia ni mucho menos tan esencial como lo son la perfecta seguridad funcional de los instintos *inconscientes* reguladores o incluso una cierta falta de inteligencia" (Friedrich Nietzsche, *La genealogía de la moral*, Alianza, Madrid, 2001, p. 52. Es Nietzsche el que pone en cursivas la palabra "inconsciente". Imaginen el salto que habrá pegado Freud al leer este texto.) El nacionalsocialismo se apropiará de este axioma nietzscheano. Dirá: "Los judíos son más inteligentes que los buenos, sanos y nobles arios. Por eso se han robado las finanzas de Alemania. Por eso debemos exterminarlos". No olvidemos que la Jotapé se llenó de chicos y chicas judíos. (*Nota*: De aquí que resulte falsa y detestable la versión que reduce la Jotapé al grupo fundador de Montoneros, todos chicos nacionalistas, católicos, del Nacional de Buenos Aires, más cercanos algunos, más lejanos otros del neonazi y coherentemente violento grupo Tacuara. Esa fue la vertiente que originó al grupo fundacional de los montos. Y no a todos. Ni por joda. La avalancha de jóvenes que dieron forma a la Jotapé provino de todos lados. También del judaísmo. O de jóvenes que sólo admitían ser "de origen judío". Que consideraban al Estado de Israel en tanto "cuña del imperialismo en Medio Oriente". Que eran ateos. Pero que les pasaba lo que le pasa a cualquier judío. Lo sea abiertamente o diga que lo es sólo "de origen". Para un facho, para un nazi siempre será un judío de mierda. Siempre que al judío "de origen judío" le dicen *judío de mierda* se encuentra en una situación irresoluble. El no se siente judío. No se ha formado como judío. No fue a la sinagoga. Tampoco a la Iglesia. Es ateo. Pero su apellido es –por decir algo– Bernstein. Eso –a los ojos del Otro– lo hace judío. Más allá de toda posible consideración. "Si tu apellido es Bernstein, sos un judío de mierda." Sin embargo, él leyó a José María Rosa, a Jauretche, a Scalabrini. Es un tipo de la corriente nacional y popular. Odia al Estado de Israel. Es peronacho. Está con los negros peronistas. Nada. La mirada del facho –por decirlo a lo Sartre– lo cosifica en lo que *es*. Sucede que eso que él es para el facho no lo es para él. Esto le impide enfurecerse. Si a un judío en serio, convencido de serlo, le dicen *judío de mierda*, podrá indignarse, encontrará en sí fuertes razones para responder. "A mí no me decís eso, hijo de puta." El otro, el de "origen judío", queda perplejo. "¿Yo judío? Si yo no soy judío. ¿Porque me llamo Bernstein voy a ser judío? Pero eso es un accidente familiar. No es una elección mía. Yo elegí ser nacionalista, peronista, antisionista, estoy con los árabes a los que el Estado de Israel martiriza, estoy contra el imperialismo del que el Estado de Israel es un triste enclave para dominar Medio Oriente. No me puedo indignar. Este tipo cree que me insulta porque me dice judío pero yo no lo soy." Debiera enfurecerse en nombre del antirracismo. No como judío, sino como ser humano que detesta a los racistas, a los fachos, a los nazis. Pero no le alcanza. Esa –la del humanitarismo antirracista– es casi una idea abstracta. No puede generar en él un odio similar al del facho que lo ha insultado. Uno sabe por qué pelear, el otro no. Suele zafar negando por completo y casi violentamente su condición de judío: "Judío las pelotas, facho de mierda. Yo soy argentino, peronista y de Racing. ¿Te alcanza? Y si no te alcanza te bajo los dientes." En suma, tiene que asumir que –se sienta él judío o no– para el Otro, decírselo, es el peor insulto que tiene para darle. Como si le dijera cagón, pelotudito, o puto de mierda, insulto habitual y altamente grave en esos años. Hoy también. Hoy, tal vez, peor. Sólo los de *Barcelona* se atreven a negar que son homofóbicos porque a un compañero de redacción que es "puto le rompemos el orto siempre que nos lo pide de tanto que lo queremos". Pero –aparte de eso– nadie dice puto. Sexualidad diferenciada suena bien. Sexo no convencional, mejor. O simplemente gay. Lo de *sexo no convencional* es injusto con los héteros, pues nos condena a ser convencionales, es decir, rutinarios, conservadores y hasta algo paleolíticos. Volviendo a los judíos: la Jotapé desbordaba de ellos. Eran bravos, guerreros, valientes. Y las minas ni hablar. Y lo mejor –si un facho los insultaba– era pegarle un cadenazo en un tobillo porque el Otro le estaba enjaretando el más terrible de sus insultos, lo sintiera o no así el judío. Lo que hay que impedir es ser definido desde la mirada del Otro. Es, casi siempre, el antisemita el que te hace judío. El antisemita es lo Otro del judío. Pero no hay que olvidar que el antisemita es un enfermo. Un ser que necesita odiar. Y aquí, desde luego, hay que citar la gran frase de Jean-Paul Sartre: "Si el judío no existiera, el antisemita lo inventaría". Concepto que revela la carencia esencial del racista. *Necesita del objeto de su odio para existir*. "Si el negro no existiera, el blanco lo inventaría." Porque lo central para el racista es poder odiar. Su ser es su odio. Existe porque odia. El odio da sentido a su vida. "Si el zurdo no existiera, el facho lo inventaría." "Si Dios no existiera, Mefistófeles lo inventaría." Y la más compleja de todas: "Si Mefistófeles no existiera, Dios lo inventaría". Lo que nos lleva de narices a la dialéctica entre el Bien y el Mal. Volveremos sobre el tema. Porque –por si no lo han advertido aún– es la cuestión central de esta obra. Ya haremos la pregunta: ¿dónde estaba el Mal, dónde el Bien? ¿Quién tenía razón? ¿Dónde estaba la Verdad?) Eran inteligentes. Querían estar donde bullía la Historia. No querían perderse ese gran espectáculo. ¿Cómo habrían de permanecer ajenos al estallido de semejante batahola, a la apoteosis jubilosa de la algarabía, del escándalo? Llegan a dos mil los jóvenes judíos desaparecidos. Así lo dice el mural de la AMIA que reconoce la cifra de 30.000 que postulan nada menos que las Madres de Plaza de Mayo. (*Nota*: Escribe Pilar Calveiro: "No parece descabellado, por lo tanto, hablar de 15 o 20 mil víctimas a nivel nacional y durante todo el período. Algunas entidades de defensa de los derechos humanos, como las Madres de Plaza de Mayo, se refieren a una cifra total de 30.000 desaparecidos. Diez, veinte, treinta mil torturados, muertos, desaparecidos... En estos rangos las cifras dejan de tener una significación humana (...), es entonces cuando se pierde la noción de que se está hablando de individuos" (Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, *Los campos de concentración en Argentina*, Colihue, Buenos Aires, pp. 29/30, 1998.)

ANTROPOLOGÍA DEL INTELECTUAL CONVERSO

El martes 13 de febrero de 1973 –a pocos días de las elecciones del 11 de marzo– Rucci y Tosco se enfrentan ante las cámaras de la tele argentina. Este tipo de programas (que ponían cara a cara a dos tipos diferentes y hasta enemigos o, sin duda, adversarios) eran muy de la época. Como la televisión tiene el hábito de no cambiar, de no innovar, de no crear, de repetir infinitamente lo ya probado, todavía existen. Si Tinelli hiciera uno saldría algo semejante a esto: "Hoy tenemos a los diputados Pedro Pelotas y a Panchito Huevón. Hemos decidido enfrentarlos, ponerlos cara a cara. Es hora de decidir cuál de los dos tiene la verdad. Es hora de que expliciten sus ideas, las plataformas de sus partidos, qué tienen para ofrecerles a los votantes. En lo esencial, Pedro Pelotas, del centenario Partido Radical, dice que Panchito Huevón, del popular Partido Justicialista, es PP. O sea, pederasta y pedófilo. ¿Será así? ¿Será Panchito Huevón pederasta y pedófilo? Panchito Huevón, por su parte, afirma que Pedro Pelotas es CC. O sea, conchudo y culeao. ¡Adelante con el debate! Veamos qué puede esperar nuestro país de estos dos brillantes políticos". Al final del programa, los dos "brillantes políticos" se sacan unas máscaras de plástico muy bien aplicadas y revelan sus verdaderas identidades. Todos se mean de la risa. Tinelli se abraza con ellos. Y, por fin, los tres cantan un tema de Freddy Mercury.

En febrero de 1973 las cosas no eran así. Rucci y Tosco fueron a darse con todo. El programa se llamaba *Las dos campanas*. Un panel de periodistas era el encargado de hacer las preguntas. Sus nombres: Jorge Conti (que participaría de la Triple A de López Rega, un aventurero canalla y barato), Rodolfo Pandolfi, Silvia Odoriz, el poeta Horacio Salas, Pablo Giussani y el coordinador del debate, un hombre hoy olvidado, acaso injustamente, pero gran figura de la década del 90: Gerardo Sofovich. Quisiera aclarar algo sobre Pablo Giussani. Este periodista escribió el primer libro que, en democracia, apareció sobre los Montoneros. Se llamó *Montoneros, la soberbia armada*. Es un libro respetable. Bien escrito. Con buenos señalamientos. Pero no lo he citado, pese a haberlo leído en totalidad. Hace muchos años, sí. Giussani, acaso injustamente, se ha tornado incitable. Muchos vieron en la aparición apresurada de su libro el intento de su autor por blanquearse ante los tiempos democráticos que se venían. Algo más: Giussani se pegó excesivamente a Alfonsín. Escribió, día a día, una columna en el diario *La Razón* de los ochenta. Le escuché decir a Osvaldo Soriano, alabándolo: "Te tira una idea por día". Después publicó "Por qué, doctor Alfonsín". Participó de todos o casi todos los intentos algo truchos de la era alfonsinista: la Fundación Plural, creo. Y si no, otros. Se murió tempranamente. Dije su error: se pegó demasiado a su jefe. Hoy, su libro, está condenado desde la "teoría de los dos demonios". Pero no habría que descartarlo tan fácilmente. Es el libro de un politólogo hábil, de una formación sólida, de una prosa veloz y precisa. Toda esta generación pro-alfonsinista tomará rumbos erráticos. Portantiero –que hace poco, al morir, fue despedido como el intelectual ejemplar de la izquierda– presentó, en los noventa, un libro de Mariano Grondona. ¿Puede haber renuncio más aplastante para un "intelectual de izquierda"? (Grondona la jugaba de *democrático* durante el menemato, pero un tipo lúcido como Portantiero no podía tragarse esa píldora. ¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué la figura del intelectual converso se ha tornado habitual desde, sobre todo, la caída de los llamados "socialismos reales"? ¿Se cayó con el Muro de Berlín la coherencia con los propios ideales, con las certezas que articulan una vida, que le dan sentido, cómo podemos ser amigos de quienes, en el

pasado, mataron a nuestros compañeros o fueron guías ideológicos de sus ejecutores, sus cómplices en la prensa? En este país hubo una ruptura humanitaria, una masacre. Eso crea un abismo. Se puede convivir –en un espacio democrático– con quienes jugaron a favor de los masacradores. Pero yo –si él viviera– no presentaría un libro de Jorge Luis García Venturini. O de Martha Lynch. El Negro Porta ya volvió cambiado. Muchos volvieron cambiados del exilio mexicano, sobre todo. No bien regresó al país nos reunimos y le pregunté, medio en serio, medio en broma: "¿Ya no somos revolucionarios?". "No –dijo–, somos reformistas. Y de centro." Pancho Aricó fue el que menos renuncios tuvo. De los otros, por ahora me callo. Pero de ninguno se podría decir que persistió en sus compromisos con la "izquierda". Bastará con averiguar en qué medios escriben hoy en día y –sobre todo– qué. Si vemos así las cosas, tal vez Giussani merezca una revisión. Por lo menos. Lo que siempre me apena del *converso* es que su vida, inevitablemente, cambia. Ya no lo invitan de donde solían invitarlo. De donde había aprendido a sentirse cómodo, ya que allí había estado siempre. Ahora lo invitan de otros lados, de lados nuevos. Por decirlo claro: del otro lado. El notable periodista Luis Bruschtein –gran observador, excepcional sensibilidad– se dio una vuelta por la otra parte de la concentración de masas que dividió en 2008 a la Plaza de Mayo por la cuestión de la 125. Estuvo un rato dando vueltas. Poco después me decía: "Qué sé yo. No es la gente que uno está acostumbrado a ver. Son otros. Hablan de otro modo. Se visten de otro modo. Y ni qué hablar: piensan de otro modo". ¿Qué hace el converso cuando en lugar de invitarlo de un partido de izquierda o de centroizquierda o de izquierda peronista, cuando en lugar de ir al Cosmos o al Fray Mocho o a la Gandhi o a Liberarte, lo invitan del Club del Progreso o del Jockey Club o de la Sociedad Rural o de la mansión de Victoria Ocampo? ¿Qué hace cuando escucha el tono garca y sobrador y pedante de los poseedores? ¿Cuando escucha sus sobreentendidos ideológicos? ¿Cuando escucha –como la cosa más normal del mundo– que lo fundamental es lo macro, que el Estado distorsiona la economía, que la pobreza tiene que existir hasta el punto extremo de la imposibilidad de controlarla por medio de la seguridad y no más allá, que la chusma se sintió autorizada a todo con Perón, que la guerra contra la subversión se ganó y eso es lo que importa, que Videla siempre dijo que era y sería sucia, que no engañó a nadie? Porque un modo de pensar el mundo implica un estilo de vida. Y hasta un modo de vestirse y hasta un tono de voz. ¿Qué hace cuando pierde todo eso? ¿Quiénes son sus nuevos amigos? ¿Con quién puede hablar en su antiguo lenguaje? ¿Puede un desclasado tener un nuevo amigo a quien confiarle sus problemas más íntimos? El otro no podrá ni sospecharlos, ni intuirlos, porque nunca los tuvo. La condición humana no es una. Tiene manifestaciones múltiples. Un tipo que –en su juventud– se emocionó en el *Lorraine* con *El acorazado Potemkim* no tiene diálogo posible con otro que se emocionó porque su viejo le regaló un caballo de elegante y precisa efectividad para jugar al polo. Muchas veces se me ocurre pensar en ese pequeño calvario. Pobre gente. ¿Sabrán que les va la vida en saber cómo se usan los cubiertos en la mesa, en saberlo bien, más que bien, no con la simple regla de ir de afuera hacia adentro? ¿Sabrá que hay palabras que se dicen y otras no? ¿Por qué Bioy dice "Come Borges en casa" y jamás, pero jamás, almuerza o cena? ¿Sabrá –si le preguntan– qué vino elegir? ¿Y si le toca testearlo? ¿Podrá hacer sin reírse o ponerse rojo o –perdón– colorado de vergüenza al hacer toda esa parafernalia de agitarlo, mirarlo desde la distancia exacta, olerlo, sentirse penetrar por su perfume, llevar a su boca la minuciosa cantidad para que la prueba ni se exceda ni resulte escasa? ¿Podrá tolerar los nuevos valores de sus nuevos amigos? Que para ellos son arcaicos, pero para el converso no. Porque mientras digan las atrocidades correspondientes sobre los objetos de odio que ahora los unen todo irá bien. Pero, ¿después? ¿Qué hará con los ultracatólicos, con los ultramontanos, con los desdeñadores profesionales de todo lo distinto, de todo lo inferior, la chusma, los negros, los judíos, los indios, los comunistas, los peronistas y hasta los radicales, la clase media arribista y patética, qué hará cuando alguien, muy naturalmente, le comente: "¿Sabía usted que al Führer le decían *Wolfie*?" ¿Cómo, querido converso, no lo sabías? Si serás grasa, che. Ahora jodete. O volvés al barrio o seguís haciendo papelones. Pero es tarde. Nunca vas a volver a ser uno de los nuestros. Y –por supuesto– nunca vas a ser uno de ellos.

PANDO, BLUMBERG, LOS SAÁ, MENEM, JORGE ASÍS Y ABEL POSSE: DIOS LOS CRÍA, ELLOS –INELUCTABLEMENTE– SE JUNTAN

Volvemos al martes 13 de febrero de 1973. De un lado, Rucci. Del otro, Tosco. Lo que ocurrió fue lo previsible. Rucci fue Rucci. Tosco fue Tosco. Rucci, por ejemplo, dijo que el peronismo tenía una "mentalidad revolucionaria". Tuvo que aclararlo y dijo que una revolución podía ser dos cosas: cruenta o incruenta. Pero tiene que enterrar la "estructura que somete a los pueblos". Esa estructura no es la de la "propiedad de los medios de producción". Todos se sorprenden. ¿Cuál será? Hoy, cualquier mentiroso dice por TV que es la de un Yo Malsano que enferma de egoísmo al Yo naturalmente bondadoso de los hombres, al Yo Bondad, y todos le creen y lo aplauden. Pero no en febrero de 1973. No existían los gurúes de la autoayuda. Si uno hablaba de una estructura que sometía a los hombres, esa estructura era la de los medios de producción, o la de los países dominantes, o la del imperialismo. Pero Rucci tiene su respuesta genuinamente peronista: "No se trata de apropiar nada. Acá la revolución tiene que tener como objetivo fundamental el respeto a la dignidad humana. Punto segundo: que el capital cumpla una función social y se integre a las necesidades del país (...). Si usted me dice que Rusia es un país socialista, yo le digo que es uno de los pocos países, quizás el único en el mundo, donde el sindicalismo no existe". De modo que con tener un buen sindicalismo un país daba por cumplida su deuda con el socialismo. Más que Rusia, al menos. Reitera, también, que la toma del poder puede darse por medio de las elecciones. Declaración importante, pues les salía al paso a todas esas consignas "duras" que planteaban *Ni votos ni botas, fusiles y pelotas*. Se le preguntó luego a quiénes se refería cuando hablaba, tan a menudo, de "asquerosos bolches". Aunque la pregunta pareciera ociosa era interesante escuchar qué tenía Rucci para decir. Dirá lo que siempre dijo: un "asqueroso bolche" es "todo aquel que atenta contra la unidad orgánica del movimiento obrero (...). De este modo quienes atenten contra esa unidad con slogans que nada tienen que ver con los trabajadores son infiltrados" (ver: Nicolás Iñigo Carrera, María Isabel Grau y Analía Martí, *Agustín Tosco, La clase revolucionaria*, Ediciones Madres Plaza de Mayo, Buenos Aires, Capítulo 12, *Dos conciencias políticas: El debate Tosco-Rucci*, 2006). Pero Rucci –durante 1973, y como un taladro– se ocupará de otro *atentado*. Del atentado contra su vida. Que se volvió –y en gran parte por su propia locuacidad– un lugar común. Alguien, profetizaba, habría de atentar contra su vida. Y él sabía transparentemente quiénes habrían de ser: "Si me pasa algo, que quede bien en claro al movimiento obrero argentino que son los inmundos bolches y los tortskistas los que indudablemente quieren atentar contra mi vida" (Germán Ferrari, *Símbolos y fantasmas, Las víctimas de la guerrilla: de la amnistía a la "justicia para todos"*, Sudamericana, Buenos Aires, 2009, p. 305). En septiembre de 2007, a propósito de la campaña electoral, vuelven a aparecer los conocidos afiches con la figura de Rucci y la leyenda *Argentino y Peronista*. Aquí se lo utiliza para decir que lo mataron los Montoneros y que son esos mismos montoneros los que ahora gobiernan por medio de Néstor y Cristina Kirchner, quienes terminarían siendo, en tanto ex partícipes de esa organización (una mentira descarada), los asesinos de Rucci. Se decide hacer una misa en la Catedral para recordar al mártir del sindicalismo peronista abatido por los "inmundos troscos y bolches" que vendrían a ser los Montoneros, de los cuales este gobierno indeseable del que hay que librarse cuanto antes está atiborrado. La misa en la Catedral fracasa, pues el cardenal Bergoglio, que no se lleva precisamente bien con ambos Kirchner, no parece muy dispuesto a llevarla a cabo. Los convocantes insisten: "Nuevos carteles con la misma imagen, pero firmados por 'sus compañeros y amigos', llamaban a una 'misa por el eterno descanso de su alma'. Además de Menem y de los hermanos Adolfo y Alberto Rodríguez Saá, estaban la presidenta de Afyappa, Cecilia Pando, y su esposo, el militar retirado y secretario de redacción de la revista *B1*, Pedro Rafael Mercado; el aspirante a gobernador bonaerense Juan Carlos Blumberg, defensor de la 'mano dura' en temas de seguridad; los escritores y candidatos Abel Posse y Jorge Asís; los sindicalistas Amadeo Genta –empleados municipales– y Dante Caamaño –gastronómicos y diputado nacional–" (Germán Ferrari, *ob. cit.*, p. 279).

Importa destacar la presencia –junto a Cecilia Pando, los Saá, Pedro Rafael Mercado y Juan Carlos Blumberg– de los escritores Jorge Asís y Abel Posse. Asís fue un escritor muy leído desde los años setenta. Durante la dictadura militar publica un libro cuya dedicatoria era sin duda valiente. Decía: *a Haroldo Conti*. Que era un conocido escritor desaparecido. Había que tener coraje para dedicarle una novela a un desaparecido en 1980, año en que Asís publica la suya. Pero Asís aún se atrevía a más. Porque la entera dedicatoria decía: *a Haroldo Conti ¿in memoriam?* Marcaba a fuego la incertidumbre del escritor que quiere homenajear a quien tal vez fue su maestro o uno de sus grandes amigos. ¿In memoriam? O sea, ¿está vivo, está muerto? ¿Dónde está Haroldo Conti? Esto tornaba la dedicatoria en un desafío, pues exhibía la condición de "inexistencia" de Conti. De "desaparecido". Decía: "¿Dónde está este escritor al que le dedico este libro? ¿Existe o no?" Poco después –durante los primeros días de la democracia–, Asís da una charla sobre Haroldo Conti. Y termina así: "Haroldo es, como el Comandante Ernesto Che Guevara, un mártir del socialismo". Luego, en un programa de Neustadt y Grondona, hará una fogosa defensa del comunismo en la Unión Soviética, lugar del que acaba de regresar. Estaba admirado. Me dijo, tomando un café o comiendo un bife –era 1984 o, a lo sumo, 1985–: "Necesitaba un gorro porque hacía frío. Entré a comprar uno. Eran todos marrones. Y yo estaba con un gabán negro. Así que pedí un gorro negro. El empleado me miró sorprendido. 'Los gorros que hay son estos. ¿Usted necesita un gorro? Aquí los tiene. Sólo tenemos marrones'. ¿Te das cuenta?", me dice admirado. "Me puse el gorro marrón y me fui. Eso es el socialismo, hermano." En el programa de TV lo enfrenta Félix Luna y le dice que, bajo el comunismo soviético, no hay libertad, nadie puede abandonar el país. Así responde: "¿Y aquí qué libertad hay? Un laburante no puede ir más allá de Monte Chingolo, hermano". Muchos, al día siguiente, lo criticaron por extremista. "Se fue de mambo con el comunismo." Después cambió. Por decirlo claro, cambió mucho. Porque para ir de Haroldi Conti y el comunismo a Cecilia Pando y Juan Carlos Blumberg uno tiene que hacer eso: *cambiar mucho*. Posse no. Siempre fue un peronista de derecha. Y un peronista de derecha –a esta altura del partido no nos vamos a engañar supongo– es sencillamente un fascista. En cuanto a Conti, César Aira escribe que "su mejor narrativa (...) es lírica, acuarelada, en sus mejores momentos enigmática a fuerza de simplicidad. Conti viajó un par de veces a Cuba, donde fue jurado del Premio Casa de las Américas. En 1976, tras el golpe militar, fue secuestrado, y es probable que haya sido asesinado ese año o el siguiente" (César Aira, *Diccionario de Autores Latinoamericanos*, Emecé-Ada Korn, Buenos Aires, 2001, p. 149).

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

¿Quién mató a Rucci? (Conclusión)